Literatura y espacio urbano

JOSÉ RAMÓN NAVARRO
JOSÉ CARLOS ROVIRA
Universidad de Alicante

A comienzos de la primavera de 1993 tuvo lugar en la Universidad de Alicante un coloquio, con el objetivo de hablar de «Literatura y espacio urbano». Intervinieron en él las personas que participan en estas actas, que edita ahora la Fundación Cultural CAM, patrocinadora del encuentro.

Al convocarlo, partíamos de la idea de que la literatura puede ser una aproximación al conocimiento de la ciudad. O, formulando en el campo del saber, el hecho literario podía servir de material epistemológico para la comprensión del hecho urbano, cuestión muy olvidada entre la multitud de líneas de análisis e investigación de raíz positivista que tienen por objeto el espacio urbano. La literatura aporta un testimonio sobre la ciudad y, además, es esto lo esencial, lo hace unas veces críticamente, otras poéticamente, pero nunca con indiferencia.

La teoría y práctica de la urbanística está dominada por la excesiva especialización, a pesar de que nadie pone en duda que el estudio de la ciudad exige enfoques desde ángulos muy diferentes. Por eso el urbanismo debe de ser uno de los campos predilectos para desarrollar perspectivas interdisciplinares. La excesiva especialización aísla los campos de conocimiento y mutila a los que la ejercen.

La especialización es una forma de conocimiento técnico que no es exclusivo de las enseñanzas técnicas. El pensamiento técnico es una manera de conocer y transformar la realidad que pone a la eficacia como valor supremo y que puede ser ejercido de igual modo por un ingeniero, un sociólogo, un geógrafo, un político... a esta extensión de lo técnico como núcleo central del saber es a lo que Paul Virilio ha llamado acertadamente «fundamentalismo técnico». El poder de este pensamiento técnico es casi ilimitado. Pero contra él tenemos un arma: la cultura humanística, la palabra que, como decía Hölderlin, es el más peligroso de los bienes que les ha sido dado a los hombres.

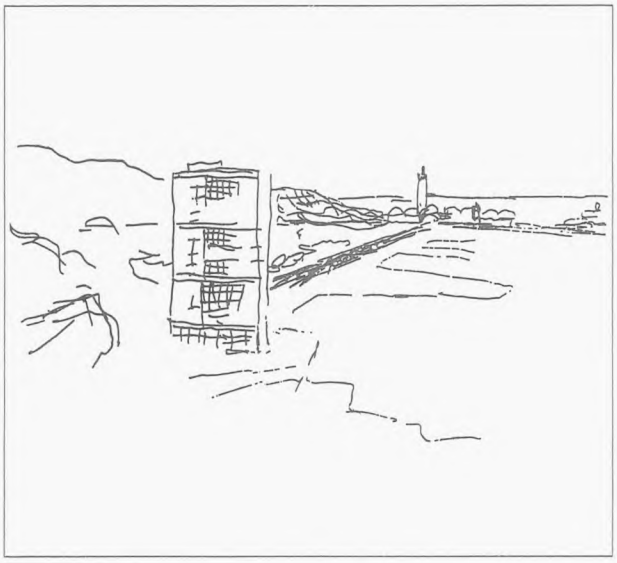
Esta perspectiva de confluencia entre la palabra y la ciudad es la que nos llevó a plantear un Coloquio en el que los participantes fueron creadores, urbanistas, geógrafos, críticos e historiadores de la Literatura, arquitectos..., una actividad cuyo planteamiento tuvo una favorable acogida, si nos atenemos al número de inscritos (alrededor de 500) que participaron en sus sesiones.

Los textos que presentamos ahora son el desarrollo de una primera reflexión que en nuestros ámbitos no ha sido muy habitual. Mientras la relación de la literatura y la ciudad tiene hoy un amplio campo de tratamiento en múltiples publicaciones de varios países (de las que damos, en un breve apéndice, una guía bibliográfica esencial), no ha sido frecuente encontrar entre nosotros una perspectiva metodológica que aborde la relación entre espacio urbano y literatura como algo central. Y no porque carezcamos precisamente de una literatura urbana. Curiosamente, el Madrid de Galdós, por ejemplo, tenía ya un especialista, autor de un libro y de varios artículos sobre el mismo, en el profesor Edward Baker, que participó en este Coloquio.

Por nuestra parte se trataba de lanzar el enlace de dos perspectivas que profesionalmente desarrollamos, y el resultado es el que el lector tiene en sus manos, un material valioso en el que se aportan nuevas sugerencias y propuestas para la com-

prensión de la relación estudiada, en la que habrá que avanzar en el futuro precisando más rigurosamente una metodología e, incluso, una serie de conocimientos y lecturas imprescindibles para afrontar la relación. Presentar el material de este coloquio es también hoy un compromiso de trabajo en la línea trazada y en sus desarrollos necesarios.

La literatura, desde lo que llamamos Renacimiento, ha realizado una reflexión continua sobre la ciudad. Y la modernidad intensificó esa relación. La ciudad contemporánea y la literatura moderna nacen al mismo tiempo, en el siglo pasado. Desde entonces, la literatura es una fuente imprescindible para el estudio de la ciudad –y pondríamos, por vía de ejemplo, el París «leído» a través de Baudelaire por Walter Benjamin– y la ciudad (su configuración real, la vida urbana en ella) es una comprensión necesaria para la misma creación –y recurriríamos aquí como ejemplo al John Doss Passos, su afición por la arquitectura y el urbanismo y su *Manhattan Transfer*–.



Dibujo de Le Corbusier

La aportación de la literatura a la urbanística se dirige en varias líneas que, sin ánimo de establecer una tesis metodológica, son esencialmente: el concepto de ciudad; las transformaciones urbanas; la descripción de la ciudad en un momento histórico dado; la percepción del paisaje urbano, etc. En su conjunto, estas líneas nos transmiten en algún caso información; en otro, imágenes preceptivas a través del filtro del autor; o, a veces, ideas cargadas de significado sin referencia espacial sobre la ciudad.

En el conocimiento sobre la ciudad y en la práctica urbanística queremos recuperar además valores como la sociabilidad, la belleza, la libertad que nacieron con nuestras ciudades y que han sido barridos para ser sustituidos por un espectáculo como relación de personas mediatizadas a las imágenes, y donde los ciudadanos se han convertido en consumidores, y al mismo tiempo, consumidos, como dice el arquitecto Antonio Fernández Alba en su ponencia, un texto vehemente y muy personal donde reivindica una cultura arquitectónica y urbanística diferente de la actual, dominada por la economía de lucro, y las imágenes instantáneas como ilustraciones ligadas a los códigos de consumo rápido. Frente a esto, propone una cultura utópica que no renuncie a la memoria y en la que sea posible el encuentro entre ética y estética. Para la ciudad reivindica la memoria del lugar o, lo que es lo mismo, la salvaguardia de la historia de la ciudad. La brillante conclusión, en el terreno de las ideas urbanas de nuestro siglo, es que la tragedia de Walter Benjamin es la victoria de Le Corbusier: mientras aquel reclamaba una ciudad donde fuese posible reconocerse, una ciudad con señas de identidad, Le Corbusier proponía destrozar el París medieval y llenarlo de rascacielos.

En ese sentido crítico va también la intervención del profesor Carreras, que aborda la presencia

de los signos de la ciudad de la posmodernidad en la literatura reciente, en la que el abuso del lenguaje sobre el discurso ha llevado a un empobrecimiento semántico de la escena urbana convirtiéndola en un objeto de consumo visual.

En un ámbito metodológico, el geógrafo Antoine Bailly plantea en su ponencia que, desde hace algún tiempo, existe un enfoque de la geografía que pone el acento en las relaciones sutiles y delicadas que unen a los hombres a sus lugares de vida. Es una aportación al conocimiento de la ciudad de base fenomenológica que surge en torno a los años 40. Es la geografía humanista.

Si la geografía es un saber que pretende presentar, mediante esquemas mentales, una configuración que nos ayude a conocer e interpretar la organización del espacio, la descripción de lugares reales e imaginarios es también en muchos resultado de la creación literaria. Por eso la geografía humanista (y ¿por qué no también el urbanismo humanista?) ha encontrado en la literatura un filón reflexivo, en cuanto ésta aporta una aproximación emocional a la ciudad, relacionado con el estado anímico de los protagonistas o mostrando a la ciudad como generadora de sensaciones. Es el discurso urbano a través del discurso literario creado por el autor. Es una representación del paisaje urbano donde la agudeza y la sensibilidad del autor nos puede dar las claves de sus significantes y de sus significados. Y esta imagen puede ayudar a recuperar un espacio urbano o a recrearlo a quienes intervienen en la construcción de la ciudad.

Varias intervenciones del Coloquio han versado sobre la ciudad histórica, girando en torno a la percepción de las transformaciones urbanas, y de qué manera éstas han sido motivo de inspiración creadora. Aquí estarían los trabajos de los profesores Cano Ballesta y Carnero, que analizan las Vanguardias históricas y su entusiasmo por la ciudad vista como paradigma de la modernidad, sobre la que llegaron a pensar que sus postulados podían transformarla, embelleciéndola y, de ese modo, podían cambiar la vida de sus habitantes. Los vanguardistas percibieron poéticamente las transformaciones del paisaje urbano en configuraciones como puertos y estaciones, o máquinas como los tranvías, etc., que comenzaron a extenderse en la segunda mitad del siglo XIX, y que se consolidan tras la primera Guerra Mundial, transformaciones en las que la tecnología del transporte y la electricidad impresionaban fuertemente. En esa fascinación por la máquina coincidirán con el Movimiento Moderno en urbanismo y arquitectura, del que la obra de Le Corbusier *Vers une architecture* (1923) es quizá la más emblemática de su entusiasmo por la tecnología y las obras de los ingenieros.

Sin embargo, la cultura urbanística del Movimiento Moderno arranca con un concepto de ciudad que supone un rechazo total a la ciudad existente, la misma que, pasada por la tecnología, inspira también a los vanguardistas. Hay, por ejemplo, un signo urbano de la nueva ciudad que, como dice el profesor Carnero, es casi elevado a la condición de música por los vanguardistas: el ruido, reflejo del movimiento, que se asocia a desorden, lo

Paul Klee. *Early morning in Ro...* (1925), MOMA, Nueva York

que precisamente quieren desterrar de la ciudad los arquitectos racionalistas del Movimiento Moderno.

Otras intervenciones del Coloquio nos plantean seguir a través de la literatura las transformaciones de la ciudad histórica, como la titulada «Transformaciones urbanas y literatura», sobre la obra de Emile Zola y el París de Haussmann, documentos imprescindibles para conocer el proceso de transformaciones en el París decimonónico.

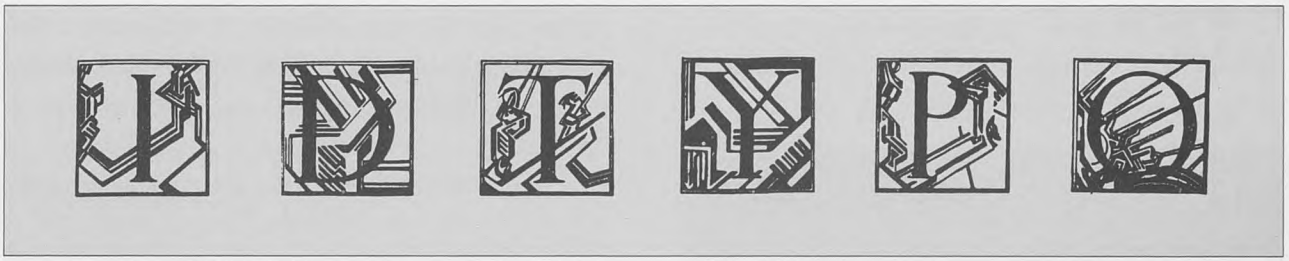
Edward Baker nos cuenta el desarrollo del comercio urbano en el Madrid de *Fortunata y Jacinta*, planteando que el comercio es el que da sentido a toda la obra. Para Baker, el Madrid de Galdós está en medio de un marco simbólico que remite al mundo entero, desarrollando la novela bajo el signo del comercio porque es la actividad que se desenvuelve a escala planetaria.

Hablar del comercio urbano en el siglo XIX remite inevitablemente a Benjamín, para quien la crítica del capitalismo es inseparable de la crítica del mito, como nos recuerda Jesús Aguirre en el mosaico urbano-literario que traza desde Hawthorne a Kautsky.

La perspectiva de ciudades concretas forma otro subgrupo. Un recorrido literario, memorial y emocional por Florencia intenta responder a una afirmación de Walter Benjamin, allí donde dice que «sólo recurrimos a lo superficial, lo exótico y lo pintoresco cuando nos hallamos en un lugar desconocido. Sin embargo, conseguir trazar la imagen de una ciudad en la que hemos vivido exige motivaciones diferentes y más profundas. Motivaciones propias del que viaja hacia el pasado, en lugar de viajar hacia un lugar lejano».

La profesora María Jesús Rubiera aborda la textualidad de la ciudad árabe, enigma sobre el que da respuesta la literatura. Un recorrido por textos e imágenes recrea la fusión de los espacios de ciudad con los del jardín, insistiendo en el ejemplo

Pablo Picasso. *Fábrica en Horta de Ebro.* (1904), Museo Ermitage



Alfabeto vorticista

esencial de La Alhambra, y en el entrecruzamiento de mitos que nos llevan desde la tradición hasta la contemporaneidad.

Hay dos textos en el Coloquio que nos permiten adentrarnos en otra línea temática, la de la percepción de la ciudad a través de un estado de ánimo. El profesor Miguel Ángel Lozano, analizando en su ponencia *Bruges-la morte*, obra de Rodembach publicada en 1892, dice que este autor inaugura para la ciudad lo que Amiel fue para el Romanticismo, «Un paysaje est un état d'âme». En la novela Rodembach escribe:

> Les villes surtout ont ainsi une personalité, un esprit autonome, un caractere presque extériorisé qui correspond a l'amour nouveau, au renoncement, au veuvage. Toute cité est un état d'ame, et d'y séjourner à peine, cet état d'âme se comunique, se propage a nous en un fluide qui s'inocule et qu'on incorpore avec la nuance de l'air.

La geografía urbana de la desolación en Rodembach contrasta con la imagen vitalista, aunque no exenta de dramatismo, de Montevideo, la ciudad-puerto de Mario Benedetti, como se puede descubrir en sus textos de creación, y especialmente en alguno de los poemas que acompañan su intervención en el Coloquio. Vale la pena adelantar aquí algún fragmento de éstos. En ellos podemos apreciar la percepción poética del espacio urbano a través de la memoria del lugar:

> Ah si pudiera elegir mi paisaje
> elegiría, robaría esta calle
> esta calle recién atardecida
> en la que encarnizadamente revivo
> y de la que sé con estricta nostalgia
> el número y el nombre de sus sesenta árboles,

O del sentimiento de posesión del espacio en el pasado:

> Era tan diferente era verde
> absolutamente verde y con tranvías
> y qué optimismo tener la ventanilla
> sentirse dueño de la calle que baja
> jugar con los números de las puertas cerradas
> y apostar consigo mismo en términos severos.

La perspectiva vital ante la ciudad, a pesar del tiempo, es el mecanismo de una memoria no desolada, donde confluyen siempre las ansias de recuperación del pasado, al que retornamos como memoria personal y en el que confluimos a través de la experiencia del ayer.

Para que entendamos la ciudad, como nos plantea Benedetti, algunos escritores latinoamericanos han sido insistentes en sus textos: Carlos Fuentes para Ciudad de México; Leopoldo Marechal, Borges o Sábato para Buenos Aires, mientras otros han insistido en la ciudad imaginaria, que se llamó Comala en Juan Rulfo, Santa María en Juan Carlos Onetti, Macondo en García Márquez. Geografías urbanas sobre las que la cultura y la emoción ha surgido de lecturas imprescindibles.

«Geografías», como las que a lo largo de su producción, entre tantas otras cosas, ha creado Mario Benedetti. Recomendamos la lectura de un relato de Benedetti que se llama precisamente así y que forma parte del libro del mismo título. Es un encuentro de dos exiliados uruguayos en París que, semanalmente, quedan para jugar a las «geografías». Se trata de preguntarse minuciosamente por los espacios de la memoria de la ciudad obligatoriamente distante: preguntas que son «Pavadas que uno inventa en el exilio para de algún modo convencerse de que no se está quedando sin paisaje, sin gente, sin cielo, sin país». Un reencuentro con un antiguo amor de uno de ellos, Delia, que acaba de salir de una cárcel de su país, precipita el juego en ese sabor dramático que todos hemos tenido al abandonar una ciudad y regresar muchos años después. Perderían los dos montevideanos su juego porque son muchas las cosas que se han destruido, incluso, con el tiempo, ellos también se han destruido: «Todos los paisajes cambiaron, en todas partes hay andamios, en todas partes hay escombros». Y concluye el sentido del relato, cuando los dos personajes que antes se amaron saben que ya no podrán emprender una nueva relación, afirmando que nuestra geografía, nuestro cuerpo, también nos dice pasado el tiempo eso mismo de andamios y derrumbes.

Hemos intentado llamar la atención aquí sobre algunas reflexiones que el lector encontrará desarrolladas y completas en las páginas que siguen, que tienen una conclusión en una mesa redonda, en la que Gaspar Jaén i Urban, poeta y arquitecto; Santiago Varela Botella, arquitecto; José A. Cerdán Pomares, geógrafo, y Manuel Dopazo, periodista, debaten sobre «La cultura urbana en el Alicante contemporáneo», mesa redonda que cerró el Coloquio, como un intento de vertebrar la reflexión aquí y ahora, como una forma de variar la argumentación y el enfoque, desde la universalidad que presidía los temas anteriores, a la concreta perspectiva local de una ciudad, la nuestra, acosada por problemas, por la urgencia de soluciones, presente en la textualidad de grandes nombres de nuestra literatura, y desconocida quizá por un ciudadano que muchas veces parece estar despreciándola o ignorándola.

Ojalá que llamar la atención sobre la ciudad sirva para que, a pesar de las dificultades, podamos apreciar la nuestra en los escasos signos del pasado que le quedan, o en la actualidad problemática de su presente.

El Coloquio, finalmente, se intenta presentar como un conjunto de materiales abiertos, para que, en la medida de lo posible, planteen una llamada de atención para el enfoque urbano de la literatura, o para la posibilidad literaria de enfoque de la ciudad. El compromiso, lo decíamos antes, es seguir trabajando en la línea propuesta, y el instrumento de una bibliografía esencial que cierra el volumen es una invitación también a su desarrollo por parte de un lector que, atraído por la ciudad y la literatura, decida poner juntos los dos términos.

Para concluir, diremos que la única seguridad de la que partimos por el momento es que la ciudad, aquella que emocionalmente vivimos una vez, o la que vivimos cada día, está en nuestro interior. Y lo podemos decir para seguir en la literatura que, en cualquier caso, ha creado sus recorridos, sus mitos, su percepción del espacio urbano, para que nosotros podamos entender la ciudad. Enterderla de otra forma, con las palabras que van desde *Ad Urbe Condita* de Tito Livio a «New York, New York» de Sinatra, pasando por supuesto por *La Città del sole* de Campanella, o «Mis Buenos Aires querido» de Gardel, para que cada lector-auditor-perceptor de la ciudad elija el terreno preferido para su duelo con las calles, con aquel edificio que ya no recordamos, con aquella memoria. ■